

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

El dolor, un tiempo de salvación. Reflexiones ante el drama del dolor

Dra. Lourdes Grosso García
Profesora del Instituto Teológico de Vida Religiosa
Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid, España

"El amor es un dolor sin amargura".
(Fernando Rielo)

*A mi tío Diego García Pareja,
en homenaje y gratitud por su gran piedad.
Hoy descansa en la paz que siempre nos dio.
26 de septiembre de 2000.*

Una realidad universal e ineludible

El dolor es una realidad universal. De una u otra manera, con mayor o menor intensidad, está presente en la vida de todos. Tiene muchos matices y se expresa en distintos niveles: físico, moral, espiritual. Si miramos a nuestro alrededor, encontramos inmediatamente su rostro. No es necesario ir lejos, es compañero ineludible en el camino. Está ahí. Es un drama. Ante él pueden darse muchas explicaciones, siempre insuficientes. No quiero, con estas palabras, añadir una más, sino sencillamente reflexionar juntos para encontrar significado, para dar sentido a una realidad fundamental de nuestra existencia humana. En el fondo de estas líneas late la impresión de un bien, de un gozo que trasciende el sufrimiento, o quizás sea mejor decir que nos trasciende a través del sufrimiento. Es su cariz redentor. Fernando Rielo lo expresa con esta significativa imagen: "la cruz es como la caña de azúcar, tiene el corazón dulce".

Me solicitaron este artículo en un momento muy especial, precisamente cuando llegaba del cementerio de Madrid, de enterrar a un familiar, y acababan de darme la noticia de la enfermedad y el sufrimiento de otro ser muy cercano y muy querido. Ahora, mientras escribo estas líneas, recibo la noticia del fallecimiento de mi tío, después de varios días en coma profundo, días en los que sus seres más queridos hemos estado junto a él viviendo el gran misterio del tránsito a la vida. ¿Coincidencias? Veo, más bien, en todo ello una providencia, una forma en que Dios quiere hablarnos y una llamada personal a reflexionar desde la fe para intentar dar luz a una realidad dramática, universal e ineludible.

El amor desde la cruz

Una cosa es padecer, sufrir el dolor, y otra dejarse afectar por ello. La diferencia está en la aceptación de la realidad: amar la cruz, no en sí, sino como el camino para abrazarse con Cristo. La cruz sin más es una aberración. Se trata de personalizar. La cruz en sí misma no puede amarse. Amamos la forma de concreción del amor divino en este mundo. ¿Por qué? Porque lo dice Cristo, haciéndolo. No es ya la voz de Yahvé en la zarza, es el mismo Dios encarnado que dice: esta es la forma, y lo hace, lleva lo que dice a sus últimas consecuencias.

¿Cómo vivir el dolor? Se requiere la generosidad íntima. Aceptar la cruz. Hay una especie de repulsión ante lo que duele, un "no quiero", una especie de instinto de defensa que nos lleva a rechazar el sufrimiento, a buscar una y mil maneras de evitarlo, y que hace que ante lo inevitable nos limitemos a soportarlo lo mejor posible pero siempre con una fuerte resistencia a él.

Sabemos que muchos echan en cara a Dios el que no evite el mal. Pero para evitar todo el mal Dios tendría que suprimir la libertad del ser humano. Como esto no puede hacerlo, porque le privaría de lo que es sustancial, la alternativa es elevar, o trascender el dolor, asociarlo a lo más importante dándole la excelencia de lo sobrenatural: *su valor redentor*. Dar sentido al dolor, elevarlo a la máxima significación redentora y santificadora.

Convocados a la esperanza

Sembrar esperanza. Muchas situaciones cotidianas nos sitúan ante el drama del dolor. ¿Cómo construir una civilización de amor dentro de una realidad violenta, dolorosa, injusta?, ¿cómo cultivar los ideales religiosos en medio de atrocidades humanas? No hemos nacido para el dolor. ¿Cómo nos aflige, especialmente cuando vemos tantas personas honestas aplastadas por el sufrimiento! Como creyentes, quisiéramos encontrar en Dios la respuesta al angustioso y permanente problema del mal, de la justicia, de la recompensa, del castigo. Y lo que encontramos es que *el cristianismo es amor crucificado*.

En esta reflexión puede ayudarnos el libro de Job, una de las obras maestras en que se expresa el sufrimiento del hombre, pero también uno de los libros más hermosos escrito por quienes creen en el Dios de Moisés, que es el Dios de Jesucristo. Nos encontramos ante *la paradoja del dolor*. El drama de Job es el de todo creyente que sufre sin motivo (1). Job cree en Dios, en un Dios justo y todopoderoso. Sufre y se pone a hacer su examen de conciencia (sobre la justicia y el amor al prójimo). Y se encuentra inocente. Solo le queda *la esperanza en el abandono*.

Al final no se sabe nada sobre el porqué del mal. Pero era bueno que un libro expresase de ese modo nuestra rebeldía contra el mal. Ante esto las actitudes "piadosas" no sirven para nada; la única actitud posible para el creyente es la de la confianza total. Job nos invita a descubrir a Dios en el fondo de su propio sufrimiento. Nos invita a asumir el sufrimiento. Y Dios declara: "Solo Job ha hablado bien de mí" (42, 7). Al final del libro de Job vemos que Yahvé le reintegra todas sus posesiones, pero aun mejores de las que había perdido. Se le ponen en sus manos posibilidades nuevas, un mundo nuevo. Job nos enseña que poniendo nuestra confianza en Dios nos será dado amar al hombre *desde el corazón ilimitado de Dios*.

La aflicción. Solidarios con la debilidad

Estamos en una sociedad que quiere solucionarlo todo a distancia, aliviar las soledades ajenas (o desembarazarse de ellas) como esos anuncios que presentan ancianas sonrientes porque pueden apretar un botón para pedir ayuda..... ¡qué caricatura tan dramática! La soledad se combate cuerpo a cuerpo; la del desheredado y también la que aparece disfrazada de autosuficiencia y autonomía. No podemos soportarla porque -imagen y semejanza de un Dios Trinidad- no hemos nacido para estar solos. Abrirse, reconocer lo que se es para proclamar con convicción la esperanza firme en quien nos ama como somos y nos sueña mucho más grandes.

Posicionarnos desde abajo; como Jesús cuando ante la mujer adúltera (postrada en tierra), se "inclina a escribir en tierra" (cf. Jn 8, 6) para situarse a la altura de su dolor y alzarla a su dignidad. Mostrarnos desde la sencillez de lo que somos no es adoptar estas o aquellas formas externas, hacernos *del pueblo* o *desmarnarnos*. Creo que se trata, más bien, de reconocer que también nosotros hemos pasado y pasamos por muchas situaciones en las que tenemos necesidad de ser salvados y ¡tenemos quien nos salva!

La Humanidad tiene sed de dignidad, de reconocimiento, de comprensión, de perdón, de ánimo sereno, porque está cansada de exaltaciones y triunfalismos en el terreno de la competitividad profesional y vital, que exige superamientos frenéticos y sube constantemente los listones hacia estereotipos desafortunados e inalcanzables. Estamos hastiados por las falsas promesas de una felicidad tan fácil cuanto insatisfactoria. ¿Quién nos libraré de estos vientos de muerte? Más que profetas necesitamos espejos en los que mirarnos para descubrir nuestra belleza originaria y prometida. El espejo de los cristianos ¿no es, acaso, el crucificado que resurge de la muerte? Reflejos suyos, los que queremos consagrarle el transcurrir cotidiano de la existencia, confirmamos en nuestra debilidad su potencia y creemos que su gracia nos basta (cf. II Cor 12, 9). ¡Ay de mí, si no evangelizara con mi vida! Mis palabras, de polvo y aire, no harían más que empañar la mirada de los que ansiosamente desean la liberación de la mediocridad; de cuantos anhelan ser salvados de sí mismos, de la egolatría que les corroe sin encontrar antídotos.

Acompañar desde el amor

Y es que la vida tiene muchas facetas de misterio, entre las que resalta el dolor con todas sus manifestaciones. A veces sabemos por qué sufrimos; otras padecemos sin más. Con frecuencia, en ambas circunstancias, los otros ven mejor que nosotros mismos las causas del sufrimiento. En estos casos bastaría con que dijéramos: "necesito salir de aquí", "ayúdame", para empezar a superar una situación..... pero la realidad es que en la mayoría de los casos el dolor ciega y tardamos en pedir ayuda más de la cuenta. Por eso nos toca estar atentos unos a otros, atendernos, acompañar al hermano, como María a los apóstoles en el cenáculo, mientras que el temor obliga a permanecer encerrados en él. Estar presentes en su vida, pero no de cualquier manera, sino con la conciencia de que siempre que nos acercamos a una persona *la tierra que pisamos es sagrada*.

Hay un ámbito del ser incomunicable, territorio íntimo en el que -aunque lo quisiéramos- no es posible alojar a nadie; solo Dios puede adentrarse, ningún tipo de vínculo humano, por muy estrecho que sea, puede alcanzarlo. Es el límite que nos acompaña en este mundo. Lo testimonia claramente Jacques Maritain, cuando analizando la experiencia de comunión con su mujer, Raïssa, y la hermana de esta, Vera, confiesa: "No creo que haya habido nunca entre tres seres humanos unión más estrecha y más honda que la que existía entre nosotros. Cada uno estaba abierto a los otros dos con absoluta sinceridad. Y, con todo, no solo la personalidad de cada uno difería mucho de los otros dos, sino que en el seno de esta maravillosa unión de amor que había construido la gracia de Dios, cada cual conservaba su soledad intacta. ¡Qué misterio! Cuanto más unidos estábamos, más solos caminábamos; cuanto más llevaba cada cual el peso de los otros dos, más solo se encontraba para llevar su peso. De suerte que la unidad del pequeño rebaño no hizo más que agrandarse con los años, pero la soledad de cada uno no hizo más que ahondarse al mismo tiempo, y, a decir verdad, soledad cruel a veces. Era la parte de Dios" (2).

En lo profundo se conserva la *soledad intacta*. Pero también hay en cada persona muchos espacios habitables para poder vivir en compañía hasta los límites de nuestra condición terrestre. Entrar en ellos requiere un esfuerzo que nos ayuda a realizarnos como personas: comunicar la experiencia espiritual, establecer vínculos fraternos que permitan ir edificando la forma de unidad que tendrá su culminación en la comunión de los santos. En esto los creyentes podemos aportar mucho, en la medida en que hagamos evidente -con la forma de relacionarnos entre nosotros, más que con las palabras- que no es vana la súplica de Jesucristo al Padre: "¡que sean uno como Tú y yo lo somos!" (cf. Jn 17, 21). Desde luego no se trata de dejar la propia vida impudicamente al descubierto, a la intemperie de cualquiera (lo que es tan perjudicial como la cerrazón y además conduce al desafuero afectivo), sino de comprender que necesitamos ayudarnos y dejarnos ayudar por quien pueda hacerlo: es la función de la dirección o *acompañamiento espiritual*.

Necesitamos compartir la penas y las alegrías, reconocer los aciertos y los errores -culpables o no- que hemos tenido; mirar con fortaleza las propias miserias, primer paso para salir de ellas, y sobre todo necesitamos el bálsamo de la reconciliación con nosotros mismos, con los demás y con Dios: poder pedir perdón con la seguridad de ser amados a pesar de nuestras flaquezas. Necesitamos la brújula de la fe para orientarnos en los caminos desconocidos hacia la mejor realización de la propia existencia.

-
1. Charpentier E., *Para leer el Antiguo Testamento*, Verbo Divino, Navarra, 1990, p. 108.
 2. Maritain J., *Carnet de Notes*, Desclée de Brouwer, Paris 1964, pp. 104-105.